

Terapia de choque.

Risueño y Piel Curtida presentaban en su programa, con bastante frecuencia, sketches humorísticos que, bien representaban en directo, bien los emitían pregrabados, como fue en esta ocasión. Al volver al directo, Risueño se dispuso a continuar con el programa, pero Piel Curtida le interpeló.

Piel Curtida.- Perdona, Risueño, pero me estoy dando cuenta de que en nuestros sketches, cuando hay papeles femeninos, soy yo quien los interpreta, invariablemente. Tú nunca te has vestido de mujer en los dieciséis años que llevamos en emisión.

Risueño.- ¿Eh?... Pues no sé, pura casualidad. Bien, continuemos. Se ha producido un incidente en...

PC.- Perdona, perdona, pero vamos a aclarar esto. Resulta que siempre te buscas el modo de interpretar tú los papales masculinos, dejándome a mí los femeninos. ¿Tienes algún problema en vestirme de mujer?

R.- ¿Eh?, pfs. No, no, en absoluto... Continuemos...

PC.- Espera, espera. ¿Si yo ideo un sketch con un papel femenino, lo interpretarás tú?

R.- Bueno, sí, claro, pero sólo si tiene gracia. Ya sabes que si algo no tiene gracia, yo no puedo hacerlo. Es cosa de mi naturaleza.

PC.-Sí, desde luego, algo con mucha gracia. ¿Estamos de acuerdo entonces?

Pero Risueño se derrumbó cuando iba a aceptarlo. Se echó a llorar sobre su mesa, diciendo: “No puedo, no puedo. Jho, jho, jho.” Lloraba de verdad, con abundantes lágrimas, tomando un pañuelo del cajón de su mesa.

Piel Curtida se conmovió, desconcertado.

PC.- ¿Pero qué te pasa, Risueño?, ¿he dicho algún inconveniente?

R.- (Entre sollozos, limpiándose los ojos y sonándose la nariz). No, es que mi padre despreciaba terriblemente a quien se viste de mujer para hacer un chiste. Lo consideraba humor fácil y de muy mal gusto.

PC.- Vaya, bueno. Tú lo que tienes es un trauma de la infancia.

R.- No, no sólo de la infancia. Mi padre murió hace cuatro años y, hasta casi su misma muerte, siguió despreciando el asunto.

PC.- Ya, comprendo, pero eso tienes que superarlo. Tú lo que necesitas es una terapia de choque.

R.- ¿Terapia de choque?

PC.- Sí, de la corriente psicológica del conductismo. Si no lo haces, tu trauma acabará manifestándose por otro lado, en forma de fobia, y entonces sí será grave.

R.- ¿Conductismo? ¿Y qué tengo que hacer?

PC.- Pues simplemente representar un papel femenino. Una vez que lo hayas hecho y veas que todo ha ido bien, tu trauma habrá desaparecido.

R.- Pero no tendré que afeitarme, ¿verdad?

PC.- No, no. Hoy en día eso no es necesario, hay mujeres con barba.

R.- ¿Ni depilarme las piernas o sobacos?

PC.- No, eso no hace falta. Así será más gracioso aún.

R.- ¿Pero seguro que tendrá gracia?

PC.- Sí, sí. Tú no te preocupes por nada. Yo me encargo de todo. Hoy es jueves, y no hay programa hasta el lunes. Así que tengo tiempo para prepararlo. Tú confía en mí.

El lunes siguiente, Risueño comenzó el programa con un monólogo. Sometía al público al supuesto brutal de que, dado el gran desarrollo y acierto de la Ciencia en la actualidad, pudiera existir una expresión, unas poquitas palabras, sólo una frase, que acabase con el evidente desajuste humano de todos los tiempos, y

de una vez por todas. Cuando se disponía a pronunciar esa frase, entró en el plató Piel Curtida, interrumpiéndole.

PC.- Risueño, perdona, pero habíamos quedado en que hoy te vestías de mujer.

R.- Ah, no, pero eso sólo era... Está bien, ¿y qué hago?

R.- Tú ve a maquillaje. Loli se encarga. Está todo preparado. Yo sigo con el monólogo.

Risueño se fue de mala gana, y Piel Curtida preguntó al público por dónde iban. Miró el guión y continuó: “Había una vez un niño tan pequeñito, pequeñito, que le llamaban garbancito...”

Al cabo de unos minutos, cuando garbancito estaba apunto de ser vomitado por la vaca, Risueño asomó la cabeza, indeciso, avergonzado, por el acceso al plató. Al momento el público le vio y se echó a reír. Le habían maquillado groseramente y lucía una peluca rubia, con pelo corto. Estaba graciosísimo, con su barba casi blanca, un tanto rubia aún.

Piel Curtida se volvió, interrumpiendo su cuento, y le invitó a salir del todo, con decisión. Y así lo hizo, pero avergonzado aún. Su aspecto era tremendo, con un vestido color oro brillante muy sencillo y corto. Se paró en la entrada y tiraba de su falda hacia abajo, como mujer que, después de vestir minifalda, se arrepiente.

Ante el ánimo de Piel Curtida, Risueño se armó de valor. Estiró su cuerpo, levantando la cabeza, y echó a andar con decisión pero, vaya, con zapatos de tacón, su tobillo derecho se dobló al tercer paso y cayó rodando, amortiguando la caída con las manos.

Apresurándose, Piel Curtida corrió hacia él preguntándole si se había hecho daño. Risueño dijo que creía que no, revisando sus muñecas y tobillos. El problema ahora era levantarse, lo que llevaría su tiempo.

R.- Oye, mira, vamos a abortar esta chorrada.

PC.- No, no. Qué coño vamos a abortar. Se nos echaría encima Gallardón y toda la Iglesia.

R.- Al menos déjame que me quite los zapatos.

PC.- De ninguna manera. ¿Tú sabes lo que nos ha costado encontrar unos zapatos de tacón del 44? Hemos tenido que restaurarlos.

Ambos forcejeaban mientras los tobillos de Risueño se doblaban y volvía a caer una y otra vez. Mientras, el público reía a más no poder. Piel Curtida desistió por un momento y preguntó si había entre el público algún viejo con andador, lo que resultó cierto. Pidiéndolo prestado, volvieron a intentarlo, esta vez con más éxito, y Risueño consiguió llegar despacito al sofá. Por fin se sentó, ocupando Piel Curtida un sillón junto a él. Detrás de ambos había un letrero luminoso, de estos de puntos, por el que pasaba repetidamente el mensaje: “Para tontos la 2”.

P <Risueño en el papel de presentadora>.- (Sintiéndose más relajado y seguro). Tenemos con nosotros, una vez más, a Felisindo Idioto, felizólogo de profesión, como su nombre indica, que viene a hablarnos hoy de, entre otras cosas, la Mecánica Cuántica. ¿No es así, Felisindo?

F <Piel Curtida en el papel de Felisindo>.- Pues sí. Ya sabes que yo soy inquieto en cuanto al conocimiento, y curioso por aquí y por allá, y me gustaría compartir con vosotros una investigación, superficial, eso sí, sobre la Mecánica Cuántica.

P.- Ah, estupendo, adelante.

F.- Sí. Resulta que la Mecánica Cuántica estudia y formula fenómenos naturales que, desde el punto de vista de la razón, sencilla, digamos, se presentan asombrosos, imposibles, en principio. Por ejemplo, tenemos el caso de un electrón que sigue dos trayectorias distintas simultáneamente. U otro electrón que sufre una variación de su trayectoria sin causa aparente al tiempo

que otro electrón a la distancia de años luz es desviado, éste con causa.

P.- Háblanos más de los electrones.

F.- Bueno, no se trata sólo de los electrones. Tenemos el caso de que en un café con leche común y corriente puede surgir un protón de la nada y desaparecer al instante siguiente. Digamos que sería gratuito.

P.- Háblanos más del café con leche.

F.- Sí, es el “relaxing cup of café con leche” del que nos hablaba Ana Botella. En resumen, tanto el café con leche puede ser gratuito como el Universo entero.

P.- Oye, ¿y en qué nos afecta esto a nosotros?

F.- No, en nada. Esto se refiere sólo a lo extraordinariamente pequeño. Nosotros no estamos sometidos a estos fenómenos.

P.- Vaya. Es estupendo que no nos afecte la naturaleza del Universo, ¿verdad?

F.- Sí, es maravilloso.

P.- Chachi-fantástico diría yo que es, pues supone nuestra libertad para creer lo que queramos acerca del Universo y nosotros mismos.

F.- Es libertad en estado puro, desde luego.

P.- Claro, que el hecho de que estemos obligados a trabajar, como si fuésemos vagos a quienes hay que dar látigo para mantenernos en marcha, es completamente secundario, ¿no es así?

F.- Sí, es secundario. Digamos que es el precio que pagamos por nuestra libertad para creernos inmortales.

P.- Pero, Felisindo, y si después de todo no somos inmortales, qué disgusto, ¿no?

F.- No, no hay problema porque si, después de todo, morimos, pues no tendremos oportunidad de pensar en lo tontos que hemos sido al perder nuestra única vida. No tendremos ocasión de pensar nada en absoluto. Por otro lado, el mundo es así, y por mucho que sepamos que somos mortales, estaremos sometidos a la misma

carga. Entonces, ya que pagamos el precio, pues aceptemos el producto, ¿no te parece?

P.- Pero ¿y si alguien no estuviese de acuerdo con este juego?

F.- Eso sería sumergirse en la locura, y tenemos a los psiquiatras para bloquear el paso a quien lo pretenda. Créeme, más vale jugar el juego de todos.

P.- Interesantísimo, Felisindo. ¿Sabes?, este programa es completamente estúpido, y estoy segura de que no durará mucho tiempo en antena. No veo nada claro que vaya a conseguir otro trabajo, y tengo dos hijos y un tercero en camino (se palmeó la barriga). Temo no poder alimentar y dar techo a mis hijos. Claro, ni a mí misma tampoco, porque estamos acostumbrados a pedir para nuestros hijos, olvidando que nosotros también tenemos que comer y resguardarnos de la lluvia y tal.

F.- Para esto tengo mi sonreidor extensible regulable. (Y sacó de una bolsita unos aparatos que acopló a las orejas de la presentadora y enganchó en las comisuras de sus labios, forzando en ella una sonrisa grotesca). Con esto sonreirás en cualquier caso, y la sonrisa elevará tu estado de ánimo.

P.- Oh, sí, ya lo noto. Es magnífico. Pero, oye, esto no soluciona mis problemas.

F.- No, claro. Soluciona los míos.

P.- ¿Qué quieres decir?

F.- A mí me cuestan 1'5 € el par, y los vendo a 60 €. Comprenderás que así yo puedo pagar mi comida y techo, como los de mis hijos. Es autoayuda.

P.- Vaya. Pensaba que la autoayuda ayudaba a quien consume los libros y demás ofertas.

F.- No. Aquí te has hecho un lío por tu cuenta. La autoayuda ayuda al autor, como su nombre indica.

P.- Comprendo. ¿Puedo quitarme ya esto?

F.- Sí, claro. Con ponerlo una vez un ratito basta, pues ya lo has pagado. No tiene sentido usarlo más.

P.- (Se quitó los aparatos sonreidores y se masajeó las mejillas en gesto doloroso). Ohjho. Bien, aquí terminamos el programa de hoy. Volvemos mañana con más idioteces para espectadores tontos como usted, a quienes no se les ocurre nada que hacer por las tardes.

PC.- ¡A positivar!

R.- Bueno, ya puedo quitarme los zapatos, ¿verdad? Me están haciendo polvo los pies. No imaginaba que fuese tan difícil ser mujer.

PC.- No, no. De ninguna manera. Explotemos el asunto. Ve hasta la salida andando con los zapatos y el andador, que te veamos el culo.

R.- Pero si mi culo no es bonito.

PC.- No buscamos belleza ahora, sino risa. Oye, se me está ocurriendo otro sketch para que te vistas de mujer...

R.- Che, che, para, para. Yo he hecho mi terapia de choque. Ya veremos si me vuelvo a vestir de mujer.

Jesús Estrada, en octubre de 2015. www.nuevaera.info